

Hechos en torno a "La Doctrina Secreta"

De: G.R.S. Mead, M.A.

[Reimpreso de LA REVISTA DE LO OCULTO (Londres), mayo de 1927, pp. 319-324]

Durante dieciocho años he mantenido silencio en cuanto a los asuntos neo-teosóficos (tal como los llamo para distinguirlos de la Teosofía general del pasado), de los cuales, previamente, había tenido íntima experiencia por veinticinco años, desde 1884 a 1909. Rompo ahora este silencio, pero sin la esperanza de que pueda convencer a aquellos que creen que, porque están defendiendo cada una de las palabras que ella escribiera, honran la memoria literaria de mi vieja amiga Helena Petrovna, ni con la más ligera expectativa de que las falsedades y calumnias, que una vez circularon con amplitud, siempre se pueden superar al negarlas en una simple publicación, si no es que en una docena de revistas. Procedo de este modo porque fuera del moderno movimiento teosófico, no pocos le conceden a vuestro humilde servidor, el gran mérito de considerarlo como confiable y, por lo menos, dotado con las cualidades elementales de un ordinario caballero. Como ellos no tienen conocimiento propio confiable con el cual analizar los contradictorios manifiestos aparecidos al respecto en el último número, aquellos de mis amigos y admiradores que los lean podrían pensar, en forma muy excusable, que existe, posiblemente, algún oscuro germen de justificación para los cargos traídos en contra de mi honor literario y podrían preguntarse por qué Mead no los responde. Yo, por tanto, con esta comunicación pongo en registro, para beneficio del futuro historiador que, por casualidad, tenga que ver con este miserable negocio, mi formal e incondicional rechazo.

En el momento del deceso de H.P.B.⁽¹⁾, no había otro material mecanografiado o manuscrito atinente a la D.S.⁽²⁾ que el que ahora se encuentra en el volumen III. Estos trozos o capítulos se habían omitido en los dos volúmenes de la primera edición, ya fuere porque la misma Mme. Blavatsky pensase que no eran lo bastante buenos o porque no eran lo suficientemente apropiados para ser incluidos.

La reiterada declaración hecha por H.P.B. en la primera edición de que el material para un volumen adicional ya estaba, en gran medida, en existencia y en proceso de finalización, no era acorde con la realidad. Si Helena Petrovna hubiese tenido tiempo y salud, y hubiese vivido más tiempo, habría "entregado las mercancías", escritas por ella misma, o las habría dictado o dado a escribir, a lo largo de una serie de volúmenes adicionales. Mas la solemne realidad es que su reiterado anuncio categórico sobre la materia era, por decirlo sin exagerar la cosa, una "inexactitud terminológica" que, con espíritu generoso, se podría adscribir a su temperamento físico, imaginativo, entusiasta y "ruso". Que mi viejo amigo, el Dr. Archibald Keightley, quien

mecanografiara con extremado celo los manuscritos de los volúmenes I y II, respetara este anuncio, no es prueba de un testimonio independiente. Él, simplemente, dio crédito a las aserciones de H.P.B. en esos volúmenes, pero jamás vio, en verdad, ningún otro material más que el que se encontró al deceso de H.P.B. y que ahora está impreso en el volumen III. Hay numerosos anuncios entusiastas y sin fundamento - o confusiones que son de probabilidad psíquica opuestas a la realidad física - que se pueden encontrar en la voluminosa producción literaria de Mme. Blavatsky.

Voy ahora al asunto de la edición revisada. Mi competencia, tal como lo fuera, y autoridad para este oficio dependió del hecho de que durante los últimos tres años de su vida, hube de verter al inglés, corregir o editar todo lo que H.P.B. escribiera para que fuese publicado, incluyendo los manuscritos⁽³⁾ de **La Voz del Silencio**, y eso, igualmente, con su entero consentimiento y aprobación. Al respecto, ella era bastante humilde cuando consideraba la forma de mejorar las cosas que escribía o daba a escribir. Lo que yo no pude hacer, salvo rara excepciones, fue persuadirla de que cambiara la acritud de lenguaje en las controversias que ella disfrutaba, y que dulcificase el énfasis excesivo y extravagante de las frases en estas polémicas, que las entendía como muy suyas y de las que se sentía excesivamente orgullosa. En estos casos de diferencia de opinión, siempre quedé aplastado por un torrente de pintoresca, por no decir abusiva, elocuencia. La atmósfera se ponía eléctricamente cargada y muy vigorizante para cualquiera que pudiese permanecer allí; pero, en modo alguno, durante esos arrebatos, se podía considerar a la irascible y puntillosa "vieja dama" un modelo de auto-control y, mucho menos, una maestra de sabiduría.

Yo soy responsable, en gran medida, de la mayor parte de la revisión a la edición original de **La Doctrina Secreta**, y no tengo excusa que hacer sino la de no haber ejecutado la tarea más minuciosamente. Por tanto, estoy complacido de que su correspondiente, la Hon. Sra. Davey, haya impreso en columnas paralelas la serie de gazapos, tanto como el material adicional en mano, que aparecieron en el texto original, los cuales yo había corregido, por omisión, en la edición revisada. Otra clase de errores, que espero haya anotado y arreglado debidamente el industrioso caballero que está comprometido en comparar palabra por palabra las dos ediciones en mención⁽⁴⁾, es aquella de las numerosas citas textuales equivocadas. Las tales las hice literalmente exactas. Por desgracia, no todas ellas se debieron a errores de mecanografía de los manuscritos originales. Algunas habían sido "movidas" para favorecer la razón o el desacuerdo relevante. De igual manera, algunas veces removí, para mayor claridad, una oración o párrafo del texto de las notas o viceversa. Por supuesto, el inglés fue continuamente revisado y el deletreo de las palabras y los términos técnicos, orientales, en su mayoría, y sánscritos, en lo particular, fue corregido con frecuencia. Hablando, en lo general, cualquier "lamentable error" que fui capaz de detectar, lo enmendé. Lo que no hice, sin embargo, fue alterar las opiniones y los argumentos de la autora. En esa época tuve yo, cuando mi equipo era más amplio y mi discernimiento muy maduro, la tarea de reeditar esta primera revisión, y tuve la libertad de tachar lo que era en forma clara indefendible, reduciendo considerablemente el grueso de los manuscritos. Y este proceso se habría de mantener con competentes criterios, dentro del marco de referencia neo teosófico, tales como los de, por ejemplo, el hace tiempo difunto T. Subba Row, el más ilustrado miembro de la S. T.⁽⁵⁾, quien rechazara colaborar con H.P.B. en su

magnum opus⁽⁶⁾, que al principio se había planeado como una sencilla revisión o reescritura de Isis sin Velo, y la opinión de otro ilustrado brahmín, el recién nombrado Vice-Canciller⁽⁷⁾ de la Universidad de Lucknow, quien concordara conmigo de que la obra se habría visto en gran medida mejorada si se la redujese a la mitad. En todo caso, ¿por qué habría considerado yo sacrosanto, de algún modo, la mayor parte del material? Por sobre todo, ¿no sabía yo que mis tres amigos y colegas - el ya hace tiempo difunto científico y multifacético Dr. C. Carter Blake, cuyo trabajo profesional se centró, básicamente, en la redacción de artículos para enciclopedias, el ahora eminente escritor filosófico E. D. Fawcett y el muy bien munido Bertram Keightley - se habían "endiablado" en el Museo Británico y en otras circunstancias en nombre de H.P.B.? Entre ellos se suministraron montones de escritos y muchísimos párrafos que ella "revisara" para sus propósitos especiales⁽⁸⁾.

Si, una vez más, "el Maestro K. H.", no importa el significado que podamos adherir a esa frase (ya se trate de una persona viviente o de un complejo psíquico), había transmitido las palabras: "toda equivocación o noción errónea corregida o explicada por ella (H.P.B.) a partir de las obras de otros teósofos, fue corregida por mí o bajo mi supervisión", esta sentencia se había remitido, principalmente, a la dirección de T. Subba Row y A. P. Sinnet, y no garantizaba - salvo para los muy crédulos -, ni asumía la responsabilidad, de todos los demás innumerables puntos de controversia con lo no teosófico en los cuales se deleitaba H. P. B. Por lo demás, hoy sabemos que todas las "comunicaciones" psíquicas deben necesariamente transmitirse a través de la constitución física y mental del o de la médium, tanto cis- como transliminal⁽⁹⁾, y que siempre, más o menos, aún en el más favorable de los casos, se verán matizadas por su personalidad. Debe recordarse que H.P.B., estuvo o había estado en una vívida, por no decir amarga, controversia en torno a algunos puntos del dogma neo-teosófico, con los caballeros arriba mencionados.

A continuación, voy a lo del volumen III. Con este rechacé hacer cualquier cosa. Juzgué que las partes dispersas o rechazadas⁽¹⁰⁾ de los manuscritos o mecanografías de los volúmenes I y II, no llegaban a la altura de lo admisible y que no había manera de mejorar la obra. Pensé que lo preferible sería imprimirlos como artículos efímeros en **Lucifer**, porque no era posible que se hiciese con ellos un todo consistente. La Señora Besant, quien diera un inmensurable valor a todo lo que había escrito y hecho H.P.B., insistió en su opinión y editó por sí misma los materiales que serían publicados. Empero, aun cuando se utilizó cada trozo que quedaba, el volumen resultó muy delgado. Por tanto, la persuadí de que agregase las llamadas **Instrucciones** de lo que se conocía como la "Sección Esotérica" o "Escuela Oriental", consideradas hasta ahora documentos secretos. Mi argumento consistía en que las "enseñanzas secretas", tal como se las tenía con inquebrantable fe, desperdigadas por todo el mundo, estaban ahora en cientos de manos, algunas de las cuales no eran dignas de confianza, y que era muy sobradamente probable que cualquier día serían abiertamente publicadas por algún individuo inescrupuloso o que circularían en forma privada e ilegítima. Por fortuna, la Señora Besant estuvo de acuerdo y se incluyeron en el volumen III, exceptuando ciertos materiales que trataban de asuntos sexuales. Una carga de ansiedad se levantó en mi mente. Pensé que al hacer accesible las "Instrucciones" al público en general, acabarían con esta enfermiza escuela secreta interna. Pero, ¡ay de mí!, esta esperanza no se vio cumplida.

En todo caso, hablando con amplitud, yo diría que la misma H.P.B. sería la primera en darme las gracias por las molestias que me tomé al revisar las partes no esenciales de su **Doctrina Secreta**.

Por último, me referiré al *mea culpa*⁽¹¹⁾ y a las auto-contradicciones de mi viejo amigo y colega James M. Pryse, de profesión abogado y, por añadidura, un impresor muy capaz, quien, junto conmigo, estuvo a cargo de la "Editorial H. P. B." por una buena cantidad de laboriosos y tormentosos años. La explicación a su cambio en el punto de vista que tenía en torno a mi obra de revisión es bastante simple. La primera declaración pública de "Jim"⁽¹²⁾ se remonta a los infelices años que vinieron tras el notorio "caso Judge", por cuanto él había sido seguidor de William Q. Judge, el líder de la Sociedad Teosófica de los Estados Unidos, en quien implícitamente había creído, y fue, en esa época, uno de los muchos oponentes hostiles que tuve en el esfuerzo de mantener al movimiento limpio y sano. J.M.P. escribió sus negativas apreciaciones bajo la influencia de la errónea doctrina de Judge, que es la fuente y origen de la madriguera de sus más fantásticas pesadillas. W.Q.J., en esos días, sostuvo firmemente que yo estaba revisando el texto impreso de los volúmenes I y II, cuando la D.C., en todas sus partes y en todas las elocuciones empleadas, era trascendentalmente "oculta", inspirada por las palabras de los "Mahatmas", tal como él mismo me lo había dicho cuando vio por primera vez el texto revisado impreso. Yo pensé que estaba profundamente equivocado y así se lo hice saber. Los dos éramos amigos y nos teníamos un gran aprecio, y (aunque esto deje boquiabiertos a aquellos que han hecho de su memoria un culto) todavía mantengo un fuerte sentimiento de afecto por él a pesar de que mi juicio, basado en el conocimiento propio, es que su modo de conducir los asuntos que él llevó para el "caso" era reprensible y equivocado por completo. Sin embargo, es bastante común en nosotros amar sinceramente a aquellos cuya conducta nos vemos forzados a desaprobamos. De todos modos, Judge no era un hombre cuya opinión en asuntos literarios yo soñase poderla recoger, mientras sus puntos de vista acerca del "ocultismo", tal como me los revelara personalmente en el asunto del "caso", decidida y inconteniblemente los tuve que rechazar. Yo no llegué a creer palabra alguna en su contra sino hasta que él vino a Londres para enfrentar los gravísimos cargos que se le imputaban y que le cuestioné cara a cara. Esto lo hice en una dolorosa entrevista. Su defensa personal ante mí fue que la falsificación de los numerosos mensajes "mahátmicos" escritos en cartas por él mismo, en las familiares escrituras de tiza roja y azul, con la ocasional impresión del sello de la "M", que contenía el defecto de la copia que Olcott había hecho en Lahore, tras el deceso de H. P. B., para dedicados y prominentes miembros de la Sociedad, era permisible, con el fin de "economizar poder", dado a que los "mensajes" se habían recibido psíquicamente al principio. Además, él también sugirió que eso fue por mantener el precedente y que esta era su autoridad para hacer lo que había hecho. Poco después de la muerte de Judge, una de sus dos principales médium llegó a Londres para verme a solas. En una entrevista de cuatro horas, ella, con lentitud, minuciosamente detalló cómo se había hecho todo, y cerró el relato con una proposición carente de moral en su totalidad, presumiendo que venía de los "Mahatmas", la cual era una oferta muy tentadora si yo hubiese sido un charlatán. Muy descortésmente le dije a la dama que le informara a sus "Maestros" que ellos debían irse al infierno. Posteriormente, otro viejo amigo que había estado con nosotros en las calles Lansdowne y Avenue, y que se había ido a los Estados Unidos para trabajar bajo las

órdenes de Judge, auxiliándole en la falsificación de los mensajes de marras, llegó a Londres y se confesó conmigo. Con tales prácticas "ocultas", fue natural que yo no hiciese absolutamente nada; la cosa era, por completo, repugnante para mi forma de ser. Y así es como yo había estado unido a Judge y sus devotos para todo lo que fuese útil. El resultado fue un completo cisma dentro del movimiento teosófico; y, para mí, la parte más dolorosa de todo eso fue perder a un amigo al que amaba mucho.

Queda solamente por añadir que la Sra. Alice Leighton Cleather, quien es tan prominente en el movimiento retrógrado "Volved a Blavatsky", y cree en la inspiración verbal de la primera edición de la D. S., con todos sus palpables errores, fue "seguidora" de Judge y, posteriormente, de la Sra. Katherine A. Tingley. La Hon. Sra. Davey, su correspondiente, es una ferviente admiradora de la Sra. Cleather y cree, sin duda, muy honesta pero ignorantemente, en todas sus aserciones y acusaciones. He aquí la causa de sus clamores⁽¹³⁾. Con todo, difícilmente me atrevería a esperar que estas damas lleguen a modificar sus mentalidades por obra de mi llana enumeración de los hechos históricos. Siempre es más fácil para el fanatismo en asuntos "teosóficos", considerar a un honesto oponente como un "enemigo" sin escrúpulos que exhibir las convicciones propias largamente mantenidas... sin que importen cuán enclenques sean sus fundamentos.

Para concluir, puede ser de interés a los lectores conocer los términos de la propuesta que me hicieran los "Mahatmas" de la médium de Judge, la que llegara a verme a la calle Avenue. Fueron los siguientes: Que debía unirme a la facción de Judge y dirigirme a los Estados Unidos, porque ellos me darían su bendición y apoyo; si me negaba, dejarían al garete a la Sociedad Teosófica en su totalidad, y lanzarían toda su influencia en favor del movimiento rosacrucista.

Nota: Lo anterior se escribió el 15 de febrero cuando todavía no tenía a la vista el ejemplar de El Teósofo Canadiense, correspondiente al mes de febrero, donde el Señor James M. Pryse, en forma absoluta y muy cortésmente, confirma mi interpretación de sus contradictorias afirmaciones y explica su cambio de opinión. A la fecha, 22 de marzo, me siento contento de estrechar su mano una vez más a través de los largos años del temporal receso en nuestra amistad y del océano y del continente que hay entre nuestros actuales domicilios. - **G.R.S.M**

--
[Para un valioso comentario en torno a algunas de las declaraciones de Mead, véanse dos artículos del Dr. H. N. Stoke titulados "**La 'Memoria' del Sr. G. R. S. Mead**" y "**'Los Hechos en torno a La Doctrina Secreta' del Sr. Mead**".

Para un vistazo a la historia de la redacción del volumen III de **La Doctrina Secreta**, véase **El Mito del Tercer Volumen "Perdido" de La Doctrina Secreta**, escrito por Daniel H. Caldwell. —BAO editor]

Notas del traductor

- (1) Siglas del nombre propio Helena Petrovna Blavatsky.
- (2) Siglas para **La Doctrina Secreta**.
- (3) MS., en el original en inglés.
- (4) Se trata de un sarcasmo dirigido a uno de sus críticos, que Mead no se toma la molestia de mencionar.
- (5) Siglas para Sociedad Teosófica.
- (6) "**Obra más importante**" u "**Obra Mayor**", en latín.
- (7) Su titular equivalente en una universidad pública latinoamericana sería el de Vice-Rector.
- (8) Lo que Mead da a entender es que lo que eliminó no era de la autoría de Mme. Blavatsky.
- (9) **Cisliminal, transliminal** son términos que denotan estados de los umbrales de consciencia mediumínicas. Téngase en cuenta que Mme. Blavatsky condenó innumerables veces al espiritismo y al espiritualismo como actos de magia negra. Una vez más se nota el sarcasmo de Mead al achacar que los tales mensajes, ajenos al entorno de Olcott y Blavatsky, eran obra de espiritistas.
- (10) **Disjecta or rejecta membra**, en el original en inglés. Todas las palabras, excepto or, son latinas.
- (11) **Amende honorable**, en el original en inglés. Es un préstamo lingüístico tomado del antiguo derecho francés y se refiere a la disculpa y reparación moral y pecuniaria de un imputado que reconocía su delito y culpa ante Dios y ante los hombres.. Por ser una locución francamente desconocida en castellano, optamos por cambiarla a la muy conocida **mea culpa** de los italianos.
- (12) **Jim** es el diminutivo afectivo de James. Mead lo entrecomilla porque no es muy apropiado referirlo a una persona mayor y que goza de respeto público.
- (13) **Hinc illae lacrimae**, en el original en inglés. Es una construcción latina y literalmente dice: "He aquí las lágrimas aquellas".